

The background of the entire page is an abstract, vibrant composition of numerous fine, radiating strokes of color. The colors transition from bright yellow and orange at the top, through deep reds and pinks in the middle, to rich purples and blues at the bottom, creating a sense of dynamic energy and movement.

La Comédiathèque

De todos los colores

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

El texto de esta obra puede descargarse gratuitamente.

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una justa compensación por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, es obligatorio solicitar autorización para representar la obra y abonar los correspondientes derechos de autor por la producción. Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras:

**<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>
<https://comediatheque.net/formulario-de-contacto/>**

De todos los colores

Comedia de sketches

Jean-Pierre Martinez

Hasta 30 personajes (hombres o mujeres)

1. A todo color.....	3
2. Votar en blanco.....	5
3. Negro cuervo.....	6
4. La vida en rosa.....	9
5. Tarjeta Azul.....	12
6. Piel roja.....	15
7. Atreverse con el amarillo.....	17
8. Verde cielo.....	18
9. Naranja bien madura.....	20
10. Violetas.....	22
11. Negro es negro.....	24
12. Materia gris.....	26
13. La habitación malva.....	28
14. Bien doradito.....	33
15. Todo está claro.....	37
16. En blanco y negro.....	41

La Comédiathèque

1. A todo color

Un personaje espera. Otro llega con un bebé envuelto en mantas.

Uno – ¡Enhorabuena! Es una niña.

Dos – Es maravilloso.

Toma al bebé en brazos.

Uno – ¿Y cómo van a llamarla?

Dos – Dudé entre Clementina y Oliva, pero al final me decidí por Violeta.

Uno – Violeta... Es... Es muy bonito.

Dos – Era el nombre de mi abuela...

Uno – Ah, sí... *(Abre una carpeta.)* Bien... Pues creo que está todo en orden.

Dos – Entonces, ¿puedo llevármela a casa?

Uno – Claro que sí, es suya. *(Saca un documento de la carpeta y se lo tiende.)* Aquí tiene el certificado de garantía.

Dos – Gracias...

Uno – Si tiene el menor problema, no dude en traérmola de vuelta. Nuestro servicio posventa goza de una excelente reputación en todo el mundo. En el muy improbable caso de que surgiera algún defecto, no se preocupe: podríamos proceder a un cambio estándar.

Dos – Espero de verdad que no lleguemos a eso... Creo que ya empiezo a encariñarme con esta...

Uno – Claro, claro... *(Echa un último vistazo a la carpeta.)* Pero... veo que no ha elegido la opción «visión a todo color»... ¿Ha sido un olvido o...?

Dos – ¿Visión a todo color?

Uno – Sí, claro... Para que su hija pueda percibir el mundo con todos los maravillosos colores de los que la naturaleza lo ha dotado...

Dos – Yo... Lo siento muchísimo... No sabía que era una opción aparte...

Uno – No es una necesidad absoluta, por supuesto, pero hay que reconocer que supone una mejora muy apreciable. Ofrecemos distintos niveles de calidad en función del número de píxeles. Y, naturalmente, del precio de la suscripción...

Dos – Ah, ¿pero es una suscripción...?

Uno – Por desgracia, en este mundo nada es realmente para siempre, ¿verdad? Pero le aseguro que la versión prémium es absolutamente fantástica.

Dos – En tiempos de mi madre, el color no era una opción...

Uno – Es cierto. Antes, el modelo básico venía equipado de serie con visión a todo color. Pero, como sabe, los tiempos han cambiado...

Dos – Sí... Hoy en día hay que pagarlo todo.

Uno – Por suerte, el 3D sigue incluido de serie.

Dos – ¿El 3D?

Uno – En cuanto al color, aún estamos a tiempo de subsanar ese pequeño olvido. Una breve vuelta a maternidad, un toque de bisturí electrónico, dos inyecciones transgénicas y nuestros técnicos médicos permitirán que esta preciosa niña vea la vida a todo color...

Dos – Me temo que ahora mismo va a ser imposible. No habíamos previsto ese gasto en el presupuesto y...

Uno – Lo comprendo... Por desgracia, no todos los bebés que nacen hoy tienen la suerte de contar con padres adinerados.

Dos – Y con los seguros médicos, que cada vez cubren menos cosas...

Uno – Vamos, tampoco es tan grave... De momento, la niña tendrá que conformarse con ver el mundo en blanco y negro, eso es todo. Y cuando hayan conseguido ahorrar un poco... Recuerde que esta opción puede añadirse en cualquier momento de su vida. Navidad, un cumpleaños, un bat mitzvá... ¡Ya tienen el regalo perfecto para su querida Violeta!

Dos – De acuerdo, me lo pensaré.

Se dispone a marcharse con el bebé.

Uno – Y no olvide que, si lo desea, nuestro departamento financiero puede ofrecerle un pequeño crédito a quince o veinte años...

2. Votar en blanco

Dos personajes miran un cartel electoral imaginario.

Uno – Blanco... Qué apellido más raro...

Dos – Inspira confianza. Blanco... Suena a marca de detergente...

Uno – Pero cuando uno se presenta a unas elecciones... «Vote Blanco»... Hay eslóganes mejores para conseguir votos...

Dos – También es verdad que no tiene un programa demasiado definido...

Uno – ¿Crees que puede salir elegido...?

Dos – Encarna a la perfección las aspiraciones de la mayoría silenciosa. Hará que los abstencionistas vayan a votar. Y además tiene cara de ciudadano corriente. La gente se reconoce en él. Eso tranquiliza.

Uno – Pero ¿qué va a hacer si llega al poder?

Dos – Ah, eso lo ha dejado muy claro. ¡Nada! Y ha jurado que, por una vez, se cumplirá una promesa electoral.

Uno – Entonces, ¿para qué se presenta exactamente?

Dos – ¡Para que triunfen sus ideas!

Uno – ¿Sus ideas...?

Dos – Lleva años defendiendo que el voto en blanco sea reconocido como un voto de pleno derecho... Como no ha conseguido que le hagan caso, ha decidido presentarse él mismo. Hay que admitir que tiene valor. Al menos lleva su planteamiento hasta las últimas consecuencias...

Uno – ¿Y tú qué opinas?

Dos – Estoy dividido...

Uno – ¿Vas a abstenerte?

Dos – Es lo que llevo haciendo desde hace años, pero esta vez... Sería como apoyar sus ideas... No, todavía no lo tengo claro...

Uno – A mí me pasa un poco lo mismo... Hoy en día, cuando uno tiene convicciones de verdad... es difícil que no venga alguien y se apropie de ellas...

3. Negro cuervo

Dos personajes.

Vincent – ¿Sabes por qué Van Gogh se cortó la oreja?

Paul – ¿Quién?

Vincent – ¡Van Gogh!

Paul – ¿El pintor?

Vincent – ¿Por qué? ¿Conoces a algún Van Gogh que sea peluquero, carnicero o ciclista profesional?

Paul – No...

Vincent – Es raro, de todos modos...

Paul – ¿Que no haya ningún carnicero que se llame Van Gogh?

Vincent – ¡Que se cortara la oreja!

Paul – ¿Y por qué lo hizo?

Vincent – Eso es lo que te acabo de preguntar...

Paul – ¿Y yo cómo voy a saberlo?

Vincent – Dicen que se la regaló a Gauguin, envuelta en papel de periódico.

Paul – Más le habría valido regalársela a Beethoven.

Vincent – Beethoven no era pintor.

Paul – No. Pero era sordo. ¿Nunca has leído teatro del absurdo?

Vincent – No...

Paul – Aunque, pensándolo bien, Van Gogh no vendió ni un solo cuadro en vida.

Vincent – Normal, si escribía obras de teatro.

Paul – ¡Van Gogh! A lo mejor por eso se cortó la oreja.

Vincent – ¿De desesperación?

Paul – La verdad es que no conozco a nadie que haya intentado suicidarse cortándose una oreja...

Vincent – A lo mejor intentó cortarse el cuello, falló y la oreja se llevó la peor parte. Hay gente muy torpe.

Paul – ¿Y se habría inventado toda esa historia para no quedar como un inútil? Un poco rebuscado, ¿no?

Vincent – Además, Van Gogh ni siquiera había nacido cuando murió Beethoven. No veo cómo habría podido regalarle la oreja...

Paul – O quizá se cortó afeitándose. Y luego montaron todo un escándalo porque era Van Gogh.

Vincent – Cuando yo me corto una oreja, nadie habla de ello...

Paul – Sus cuadros no están mal, pero bueno... ¿De verdad valen lo que cuestan?

Vincent – Si nadie se los compraba cuando estaba vivo, quizá no fuera por casualidad.

Paul – Seguro que tenían razón. Un Van Gogh no valía ni un clavo. Ni siquiera el clavo para colgar el cuadro...

Vincent – Ni la cuerda para colgarlo a él.

Paul – ¿Se ahorcó?

Vincent – ¿Quién?

Paul – ¡Van Gogh!

Vincent – No, ¿por qué?

Paul – Déjalo...

Vincent – ¿Y Beethoven? ¿La gente compraba su música cuando estaba vivo?

Paul – Sí, pero bueno, Beethoven... hacía más bien música clásica...

Vincent – La música clásica siempre se vende.

Paul – Nunca está demasiado de moda, así que envejece más despacio.

Vincent – Es lo que siempre le digo a mi mujer. Los clásicos nunca pasan de moda.

Paul – Pero Van Gogh...

Vincent – Envejece mal.

Paul – Como Picasso.

Vincent – Que adoraba las corridas de toros...

Paul – Normal, era español.

Vincent – Dicen que, al final, quizá fue Gauguin quien le cortó la oreja a Van Gogh. De un sablazo... Y que precisamente por eso se largó a Tahití.

Paul – ¿A Gauguin también le gustaban las corridas?

Vincent – ¿Por qué? ¿Hay corridas en Tahití?

Paul – ¡Por la oreja! Y por la espada...

Vincent – ¿Tú crees que, en un momento de locura, Gauguin pudo creerse Picasso y confundir a Van Gogh con un toro...?

Paul – Gauguin no estaba loco. El loco era Van Gogh.

Vincent – La prueba es que se suicidó...

Paul – Uno puede suicidarse sin estar loco...

Vincent – Se pegó un tiro en el campo.

Paul – ¿No se pegó un tiro en el corazón?

Vincent – Sí, en el campo. Con los cuervos. Fue incluso el último cuadro que pintó.

Paul – ¿Y en el cuadro se ve a Van Gogh suicidándose?

Vincent – Solo se ven los cuervos revoloteando a su alrededor.

Paul – Como buitres...

Vincent – Esas cosas las huelen... Es el instinto... ¿Sabes que viven muchísimo tiempo?

Paul – ¿Los buitres?

Vincent – ¡Los cuervos!

Paul – Más que un pintor, desde luego...

Vincent – Depende. Mira Picasso. Vivió casi cien años.

Paul – Bueno, basta de charla, que tengo trabajo. ¿Qué te hago hoy, Vincent...?

Vincent – Lo de siempre, Paul.

Paul – ¿Bien despejado detrás de las orejas?

Vincent – Pero no demasiado...

Paul – Digamos que te dejo las orejas.

Vincent – Eso es.

Paul – Pero si tengo que cortarte una, ¿cuál prefieres que te deje?

Vincent – ¿Qué oreja se cortó Van Gogh?

Paul – La izquierda.

Vincent – Pues déjame la derecha... Si quiero tener alguna posibilidad de pasar a la posteridad. ¿Tienes el periódico?

Paul – ¿Para envolver tu oreja?

Vincent – Para leerlo...

Paul – Si te corto una oreja, ¿crees que saldrás en el periódico?

Vincent – No...

Paul – ¿Y si te corto las dos?

Vincent – No necesariamente...

Paul – ¿Y si te corto las dos orejas y el rabo?

Vincent – En una plaza de toros, quizá...

4. La vida en rosa

Un personaje llega y se planta delante de otro que ya está allí.

Uno – Doctor, no puedo más. Tiene que ayudarme.

Dos – Le escucho...

Uno – Pues verá... No sé muy bien cómo explicárselo... Desde hace algún tiempo... veo la vida de color de rosa.

Dos – Ah... No es muy habitual, desde luego. Normalmente la gente viene a verme porque lo ve todo negro.

Uno – No, pero en mi caso, doctor, no es solo una forma de hablar, se lo aseguro. Lo veo absolutamente todo de color rosa.

Dos – Vaya, vaya...

Uno – Mi casa es rosa, mi coche es rosa, mi mujer es rosa, mi perro es rosa...

Dos – De acuerdo... Pero dígame, señor...

Uno – Rosas... Sí, ya sé, en mi caso tiene gracia...

Dos – ¿Rosas?

Uno – Ya sabe... por lo de verlo todo de color de rosa...

Dos – Ah, sí, claro... Y... ¿cree que su apellido podría tener algo que ver...?

Uno – No tengo ni idea. ¿Usted cree que podría estar relacionado?

Dos – Bueno, depende... ¿Usted cree que podría estar relacionado?

Uno – No, pero lo mío, doctor, no es que de vez en cuando vea la vida de color de rosa. Es permanente, ¿me entiende?

Dos – Comprendo... Y... ¿está tomando algún medicamento, señor Rosas?

Uno – No... Ninguno...

Dos – Perdona que se lo pregunte, pero... ¿ninguna sustancia alucinógena?

Uno – Nada, se lo aseguro... Por si acaso, hasta he dejado el vino. Sobre todo el rosado, claro... Pero no sirve de nada.

Dos – Es curioso, sí... Y entonces... le molesta.

Uno – ¡Claro que me molesta! ¡Es muy incapacitante, no se hace una idea! ¡Hasta puede ser peligroso! Mire, por ejemplo: voy conduciendo y llego a un semáforo. ¡Para mí todas las luces son rosas! Entonces, ¿qué hago? ¿Me paro y hago que todos me piten? ¿Paso y me ponen una multa?

Dos – Ya veo...

Uno – ¿Se imagina explicárselo a la policía? «Perdone, es que he pasado con el semáforo en rosa».

Dos – Comprendo...

Uno – Y además, ver la vida de color de rosa está bien durante cinco minutos... Pero al cabo de un rato resulta muy monótono...

Dos – Y la monotonía puede acabar siendo muy deprimente.

Uno – Cuando usted va al cine, quiere ver una película en color, ¿no? Pues yo solo veo rosa.

Dos – ¿Ha probado con películas en blanco y negro?

Uno – Sí... Para mí son rosa claro y rosa oscuro.

Dos – Ya veo... ¿Y con gafas oscuras?

Uno – Rosa visto a través de unas gafas oscuras.

Dos – Ya veo...

Uno – ¿Podría dejar de decir «ya veo»? Me pone nervioso, ¿lo ve?

Dos – Perdón...

Uno – ¡Ya veo que usted no ve nada en absoluto!

Dos – Por desgracia, la medicina todavía no tiene respuesta para todo. Y debo reconocer que... probablemente se trate de una enfermedad rara...

Uno – ¿Una enfermedad rara?

Dos – Una de esas enfermedades genéticas que no le importan a nadie porque solo afectan a una o dos personas en todo el mundo.

Uno – Gracias por levantarme el ánimo, doctor. Me está ayudando muchísimo.

Dos – Vamos, tampoco hay que verlo todo negro... Perdón, quiero decir... ¿Ha pensado alguna vez en el suicidio?

Uno – ¿Cree que es la única solución que me queda?

Dos – Disculpeme, no era eso lo que quería decir, pero... si tiene pensamientos negros... puedo recetarle un antidepresivo.

Uno – Ya... ¿Y una baja médica?

Dos – ¿Cree que...?

Uno – Un poco de descanso nunca le ha hecho daño a nadie, ¿no?

Dos – ¿Tiene la sensación de estar agotado?

Uno – Ahora que lo dice, doctor, es verdad que... estoy al borde del burnout.

Dos – Ya veo... ¿Y cuánto tiempo cree que necesitaría? Quiero decir, para dejar de ver la vida de color de rosa...

Uno – No sé... ¿Una semana le parece suficiente?

Dos – Bueno, en su caso...

Uno – Está bien, ya que insiste, digamos un mes. Será más prudente.

Dos (*rellenando la baja médica*) – Cuatro semanas, entonces.

Uno – No es que me haga ilusión, pero... creo que me sentará bien, ¿no le parece?

Dos – Vuelva a verme cuando regrese de vacaciones y comprobaremos si su estado ha mejorado.

Uno – Le mandaré una postal, se lo prometo.

Dos – ¿Y qué hacemos con los antidepresivos? Ya sabe que se puede ver la vida de color de rosa y tener pensamientos negros al mismo tiempo.

Uno – Gracias, pero creo que intentaré pasar sin ellos. No quisiera contribuir a aumentar todavía más el déficit de la sanidad pública.

Dos – Ese civismo le honra, estimado señor. *(Le tiende la baja médica, pero se le cae al suelo.)* Perdón... *(Recoge el papel y vuelve a incorporarse.)* Bien, entonces... Que pase buenas vacaciones, señor Rosas.

Uno – Muchas gracias, doctor. Solo con haber hablado con usted, me parece que ya estoy mejor.

El médico vuelve a dudar antes de entregarle el documento, que el otro espera con impaciencia.

Dos – ¿Ya no ve la vida de color de rosa?

Uno – Sí... Pero ahora, por lo menos, sé por qué...

Dos – Una última pregunta, señor Rosas... ¿Adónde se va de vacaciones?

Uno – A Jaipur. Nací allí. Me trasladaron aquí por trabajo, pero nunca he acabado de adaptarme. Soy como las aves migratorias: en invierno necesito volar hacia el sur.

Dos – Jaipur...

El médico retira el documento.

Uno – ¿Hay algún problema?

Dos – Jaipur, la Ciudad Rosa... *(Rompe el documento.)* Lo siento muchísimo, señor Rosas, pero francamente, en su caso me parece totalmente contraindicado...

5. Tarjeta Azul

Una mujer pasea de un lado a otro, vestida de azul (incluidas las medias). Su atuendo algo provocativo y sus idas y venidas pueden hacer pensar que es una prostituta haciendo la calle. Llega un hombre con traje. Vacila un momento y luego se acerca a ella.

Uno – Buenas noches... Perdone que le pregunte, pero... ¿acepta la Tarjeta Azul?

Dos – No, solo acepto American Express.

Uno – Ah... Lo siento, es que no llevo nada de efectivo... ¿Sabe si hay algún cajero automático por aquí cerca?

Dos – ¿Un cajero de qué?

Uno – Un cajero de efectivo... Quiero decir, de dinero en efectivo... Un cajero automático, vaya...

Dos – En la esquina, allí. Hay un Banco Meridian.

Uno – Gracias, yo... Qué casualidad, soy cliente del Banco Meridian... Voy un momento...

Dos – Como quiera...

Uno – Muy bien... Pero de repente me asalta una duda terrible. Usted es Emmanuelle, ¿verdad?

Dos – Eh... Sí... Ya imaginará que no es mi verdadero nombre, pero...

Uno – Perfecto. Entonces sí es usted la que había pedido... Quiero decir, con la que hablé por teléfono... De acuerdo, no se mueva, vuelvo enseguida...

Se aleja. Ella sigue paseando de un lado a otro. Suena su teléfono y contesta.

Dos – ¿Sí? Pero ¿dónde estás? ¿No has encontrado sitio para aparcar? De acuerdo... No, estoy delante de casa. No encuentro las llaves, imagínate. Debí de dejarlas en la guantera. Sí, sí, estoy bien... Bueno... acaba de abordarme un tipo. Es verdad que no voy vestida precisamente para pasear sola por la calle, pero te vas a reír: me ha tomado por una prostituta... No, no, tranquilo, nada agresivo. Muy educado, incluso. La buena noticia es que, por lo visto, tengo pinta de prostituta de lujo. Me ha preguntado si aceptaba la Tarjeta Azul... No sé, parece un hombre de negocios... Debe de haber contratado a una acompañante para esta noche. Una tal Emmanuelle, al parecer... No quería decepcionarlo y no he tenido valor para decirle que en realidad me llamo Gertrudis. *(El hombre vuelve.)* Bueno, perdona, justo está volviendo, tengo que dejarte. No, no te preocupes, también hay que divertirse un poco... Pero no tardes demasiado, ¿eh...?

Guarda el teléfono.

Uno – Lo siento muchísimo... El cajero no funciona...

Dos – Hoy no es su noche, desde luego...

Uno – No...

Dos – Por desgracia, en mi profesión, imagínese si empezáramos a fiar a los clientes...

Uno – Lo comprendo... Pero es muy incómodo...

Dos – Sí... Supongo que era una urgencia.

Uno – Normalmente recorro a profesionales; aceptan la Tarjeta Azul, pero esta vez... pensé que podía probar.

Dos – O sea que se dio cuenta enseguida de que yo era una aficionada.

Uno – Perdón, no quería resultar ofensivo. No pongo en duda sus capacidades en absoluto.

Dos – No, no, no se disculpe... Casi prefiero tomármelo como un cumplido.

Uno – ¿Y a qué se dedica en la vida? Ya que este no es su verdadero trabajo...

Dos – Ahora está siendo indiscreto...

Uno – Perdone, tiene razón. Es solo que normalmente... Quiero decir... no suelo encontrarme con mujeres como usted...

Dos – ¿De verdad?

Suena su teléfono.

Uno – Perdone... ¿Sí? ¿Cómo que Emmanuelle? Pero si estoy con ella ahora mismo... Ah... No, entonces debe de haber un malentendido... De acuerdo, la espero...

Dos – ¿Algún problema?

Uno – No, no, yo... Había pedido un taxi y... la conductora me dijo que se llamaba Emmanuelle y que iría de azul.

Dos – Se referiría a la carrocería...

Uno – ¿La carrocería?

Dos – La carrocería del coche... Del taxi...

Uno – Claro... Mire, estoy verdaderamente avergonzado... Ha debido de ser un terrible malentendido. Aunque, en este caso, «terrible» quizá no sea la palabra más adecuada...

Dos – No me habrá tomado por una prostituta, ¿verdad?

Uno – ¡Pero claro que no! Además, ha sido usted quien...

Dos – ¿Está insinuando que soy yo la que se toma por una prostituta?

Uno – No digo eso, pero... Reconozca que...

Ella mira hacia una silueta que se acerca en la oscuridad.

Dos – Muy bien, podrá hablarlo con mi marido. Ahí viene precisamente...

Uno – Pero... (*Mira hacia la persona que se acerca.*) Además, no es su marido, es una mujer. Debe de ser mi taxi. ¿Emmanuelle? (*Se supone que la mujer pasa de largo.*) No, por lo visto no se llama Emmanuelle...

Dos – Está claro que tiene usted muchas fantasías con las taxistas... Y además se le olvida un detalle...

Uno – ¿Qué detalle?

Dos – Que no lleva efectivo...

Uno – Ah, sí, es verdad...

Dos – La próxima vez, recurra mejor a una profesional. Una que acepte la Tarjeta Azul...

6. Piel roja

Uno – ¿Se da cuenta? Si aquellos miserables hubieran conseguido tomar la Bastilla en 1789...

Dos – Sí, señor conde. Hoy la Bastilla no sería más que una estación de metro y la bandera francesa probablemente sería tricolor...

Uno – Y en lugar de nuestro buen rey Francisco III, sería un plebeyo quien presidiera los destinos de Francia.

Dos – Apenas me atrevo a imaginar en qué estado estaría hoy nuestro reino.

Uno – Gracias a Dios, aquella revolución no pasó de ser una revuelta.

Dos – Otra revuelta campesina más, señor conde.

Uno – «Todos los hombres nacen y permanecen iguales en derechos»... ¡Piense en las locuras a las que podría habernos llevado semejante máxima! En teoría, hasta se habría podido imaginar que un negro llegara a ser jefe del Estado.

Dos – En Francia no, señor conde. Tampoco hay que exagerar. Pero es verdad que da escalofríos. ¿Quiere que suba un poco la calefacción?

Uno – Vaya mejor a buscarme las zapatillas.

Dos – Sí, señor conde.

Le trae las zapatillas.

Uno – Gracias, buen hombre.

El otro le tiende un periódico.

Dos – ¿Quiere echar un vistazo a la prensa?

Uno – Le Connard Enchaîné... ¿Es un periódico nuevo?

Dos – Eso parece.

Uno – Tal como están las cosas, no creo que le falten lectores...

Dos – Si el señor conde lo prefiere, puedo leérselo en voz alta.

Uno – No, gracias. Además, ya ni quiero saber lo que dicen los periódicos. ¿Para qué? No entiendo nada de todas esas guerras. ¿Por qué mandar a nuestros ejércitos a luchar al otro extremo del mundo contra esos bárbaros, cuando tenemos a los ingleses ahí al lado?

Dos – Inglaterra ya no es un reino, pero gracias a Dios sigue siendo una isla.

Uno – Tiene razón. Menos mal que no les dejamos excavar ese túnel bajo el canal de la Mancha. Estoy seguro de que hoy los ingleses habrían invadido Normandía y cada uno tendría allí una segunda residencia.

Dos – Desde que Inglaterra se convirtió en una república, ya no queda ni un gentleman en ese país.

Uno – Es evidente. ¡Les cortaron la cabeza a todos!

Dos – ¿Cómo confiar en gente que come los guisantes con menta?

Uno – En realidad, las cosas son muy sencillas, amigo mío. La escuela católica nos enseña que el mundo está dividido en cuatro razas: blanca, negra, amarilla y roja. Y es evidente que, si Dios creó una raza blanca, fue para que dominara a las otras tres. Si no, ¿por qué iba a ser el blanco el color de la realeza?

Dos – Clarísimo, señor conde.

Uno – Usted, por ejemplo, pertenece a la raza roja. No se le ocurriría discutir una evidencia semejante.

Dos – Por supuesto que no, señor conde.

Uno – Fue uno de mis antepasados quien trajo a su abuela de América, de uno de sus viajes entre los pieles rojas, el siglo pasado. Evidentemente, no sabía que estaba embarazada; de haberlo sabido, puede imaginar que la habría dejado allí...

Dos – A menos que fuera su antepasado quien la dejara embarazada en el viaje de vuelta. Las travesías pueden ser largas y aburridas...

Uno – Por desgracia, no es del todo imposible, buen hombre. Eso explicaría que usted no sea tan rojo y que parezca algo más despierto que la media de los de su especie.

Dos – El señor conde siempre tiene una explicación para todo. ¿Le traigo las pastillas?

Uno – ¿Qué pastillas?

Dos – Las pastillas para la memoria, señor conde.

Uno – ¿Pastillas para la memoria? Qué curioso, había olvidado que tenía que tomarlas.

Dos – Para eso me contrató el señor conde.

Uno – ¿Para qué, buen hombre?

Dos – Para recordarle que tiene que tomarse las pastillas.

Uno – Nadie me quitará de la cabeza que usted es un auténtico piel roja. Pero no importa, me lo quedo de todas formas. Hoy en día es tan difícil encontrar un buen criado.

Dos – El señor conde es demasiado bondadoso. *(Le tiende las pastillas.)* Una, dos, tres... Y ya está: la cuenta exacta.

El otro mira las pastillas.

Uno – ¿De verdad tengo que tragarme todo esto?

Dos – Me temo que sí, señor conde. Mire: azul, blanca, roja...

El otro se toma las pastillas una por una.

Uno – No sé por qué, pero la roja es siempre la que más me cuesta tragar...

7. Atreverse con el amarillo

Uno – ¿Amarillo?

Dos – Amarillo.

Uno – ¿Y por qué amarillo?

Dos – ¿Y por qué no amarillo?

Uno – No sé, pero aun así. Amarillo es un poco...

Dos – ¿Un poco qué?

Uno – Pero cuando dice amarillo, ¿se refiere a amarillo de verdad o...?

Dos – Amarillo, amarillo. Solo hay un amarillo, ¿no?

Uno – No, amarillo me hace pensar en...

Dos – ¿En qué?

Uno – No sé, en...

Dos – ¡Ahí lo tiene! Amarillo es amarillo.

Uno – ¿Amarillo, de verdad...?

Dos – Amarillo, estoy seguro.

Uno – Sí, amarillo, ya le entiendo, pero...

Dos – Ya verá, el amarillo es...

Uno – Amarillo... Hay que atreverse, de todos modos...

Dos – ¡Pues precisamente: atrevámonos con el amarillo!

Uno – Amarillo, de acuerdo, pero... ¿La gente está preparada para eso?

Dos – La gente nunca está preparada para el amarillo.

Uno – Amarillo o no amarillo...

Dos – Esa es la cuestión.

Uno – ¿Y si, en lugar del amarillo, probáramos...?

El otro lo fulmina con la mirada.

Uno – Amarillo, ¿por qué no? Pero entonces un amarillo...

Dos – Amarillo.

Uno – De acuerdo. Amarillo.

8. Verde cielo

Uno – ¿Has visto? El cielo está completamente despejado.

Dos – Sí. Se ven millones de estrellas.

Uno – Y acaban de descubrir otra nueva. *(Una pausa.)* ¿Sabes cómo nos llaman?

Dos – ¿Quiénes?

Uno – Los de allí, por la Vía Láctea. Los que giran alrededor de esa nueva estrella que acabamos de descubrir. El Sol.

Dos – Ah, sí, ese pueblo primitivo del que hablaron ayer en las noticias. Los terrícolas. ¿Y cómo nos llaman?

Uno – Los hombrecillos verdes.

Dos – ¿Por qué hombrecillos?

Uno – Vete a saber...

Dos – ¿Y saben que existimos?

Uno – Te vas a reír, pero creen que están solos en el universo.

Dos – ¿No me digas?

Uno – Te lo aseguro.

Dos – Pero ¿cómo pueden llamarnos hombrecillos verdes si creen que no existimos?

Uno – Es en sus películas de ciencia ficción. Lo que ellos llaman extraterrestres son siempre hombrecillos verdes. Pero fuera de eso, en la vida real, están convencidos de que están solos en el universo.

Dos – Es increíble...

Uno – Espera... No es solo que crean que son las únicas criaturas inteligentes del universo. Todavía están preguntándose si un simple microbio puede tener derecho a existir fuera de su propio planeta.

Dos – Pues vaya... No sé quién puso a esos idiotas en órbita alrededor del Sol, pero todavía les quedan muchas vueltas que dar...

Uno – Leí un artículo sobre eso. La mayoría de los terrícolas creen que un Dios los creó a ellos solitos, en ese pequeño planeta de ese pequeño sistema solar de esa pequeña galaxia.

Dos – ¿Qué es un Dios?

Uno – Una especie de superhéroe que, ese sí, por supuesto, no existe fuera de sus cuentos para niños.

Dos – O sea, creen en la existencia de un Creador que no tienen ninguna razón objetiva para pensar que pueda existir, pero se niegan a creer que otras criaturas puedan poblar el universo.

Uno – Son primitivos, ya te lo digo, obsesionados con la idea de encontrar una causa primera. En vez de admitir de una vez que el universo siempre ha estado ahí, de una forma u otra, siguen inventándose religiones para explicar su origen.

Dos – ¿Y cómo explican el origen de su Dios?

Uno – No lo explican. Lo llaman el misterio de la Fe.

Dos – O sea que explican lo inexplicable mediante otro misterio...

Uno – Cuesta creer que puedan ser tan idiotas. Tienes razón. Todavía les quedan muchas vueltas que dar...

Dos – Aunque... ¿estamos seguros de que los terrícolas siguen existiendo?

Uno – La señal viene de bastante lejos... A unos cuantos miles de años luz... La última vez que supimos de ellos ya habían conseguido convertir su planeta en un vertedero. Por no hablar de que se pasaban el tiempo matándose entre ellos.

Dos – No está nada claro que unos idiotas así hayan conseguido sobrevivir otro milenio.

Una pausa.

Uno – En cualquier caso, es una noche magnífica. Ni una sola nube. ¿Has visto? El cielo está completamente verde.

Dos – Sí, mañana hará buen tiempo.

9. Naranja bien madura

Dos personajes. El primero se acerca al segundo.

Uno – Sabe por qué lo he parado.

Dos – No...

Uno – Ha pasado con la luz naranja.

Dos – ¿Naranja? ¿Quiere decir ámbar?

Uno – Naranja, ámbar... llámelo como quiera, pero ha pasado. ¿Lo niega?

Dos – Puede que haya pasado con la luz naranja, pero reconozca que los semáforos están muy mal hechos.

Uno – ¿Perdón?

Dos – Por mucho que uno empiece a pasar en verde, llega un momento en que el semáforo cambia de verde a naranja. Así que, a veces, mientras uno todavía está pasando en verde, el semáforo, por su cuenta, pasa a naranja.

Uno – Ya... O sea que no ha sido usted quien ha pasado en naranja, sino el semáforo. A lo mejor debería multarlo a él. ¿Qué le parece?

Dos – Eso es cosa suya...

Uno – De acuerdo. Supongamos que usted pasa en verde mientras el semáforo pasa a naranja. El problema es que, cuando usted pasó en naranja, esa naranja ya estaba bien madura...

Dos – ¡Eso no tiene ningún sentido!

Uno – ¿Y por qué no?

Dos – Porque una naranja, por muy madura que esté, sigue siendo naranja. ¿Ha visto alguna vez una naranja roja?

Uno – Bueno...

Dos – Una naranja pasa del verde, cuando aún no está madura, al naranja cuando alcanza la madurez. Precisamente por eso se llama naranja.

Uno – No me estará tomando el pelo, ¿verdad?

Dos – ¡En absoluto! Y no se ponga de mala uva. Solo digo que los colores importan. Y esta multa me la voy a comer yo.

Uno – Sus documentos...

El otro le entrega sus documentos.

Uno – Usted nació en Valencia...

Dos – No me irá a multar por eso, ¿verdad?

Uno – Se llama Clementina...

Dos – Sí, lo confieso.

Uno – Y se dedica a la venta al por mayor de frutas y verduras.

Dos – Soy consciente de que puede considerarse una circunstancia agravante.

Uno – ¿Agravante? Entonces reconoce los hechos.

El otro reflexiona un instante.

Dos – De acuerdo, iba un poco demasiado lanzada y pasé en naranja. Déjeme al menos irme con buen sabor de boca...

10. Violetas

Dos personajes. Uno se acerca al otro con un pequeño ramo.

Uno – Toma, como prueba de mi amor, te ofrezco este modesto ramo...

Dos – Ah, sí... Modesto, desde luego...

Uno – Ya conoces la canción: «Un ramito de violetas».

Dos – Sí, de acuerdo, pero... ¿de dónde has sacado este ramo?

Uno – Bueno... Lo recogí en el bosque... Es temporada de violetas.

Dos – ¿Temporada de violetas? Ya... O sea que en realidad no lo compraste. Lo cogiste en el bosque...

Uno – Sí, bueno...

Dos – O sea que no te costó nada.

Uno – Me costó dos horas de atasco para volver del bosque, a las afueras de la ciudad.

Dos – Sí, bueno, no juguemos con las palabras. No te costó nada.

Uno – Eso no significa que no tenga ningún valor.

Dos – ¿Ah, no?

Uno – Podría revenderlo.

Dos – ¿Revenderlo? ¿Se venden los ramos de violetas?

Uno – En temporada siempre hay vendedores ambulantes que los ofrecen a la salida del metro.

Dos – ¿Y cuánto crees que sacarías por tu ramo de violetas?

Uno – No sé... Ellos los venden a dos euros...

Dos – Pues estás muy al tanto de los precios. ¿No se lo habrás comprado a uno de esos vendedores, tu ramo de violetas?

Uno – ¿Y qué más da? ¡De algún bosque habrá salido!

Dos – ¿Dos euros?

Uno – En realidad eran ramos muy pequeños. Compré dos para que este pareciera más grande.

Dos – Pues podías haberme regalado un manojo de rábanos. ¡Por lo menos me los habría podido comer!

Uno – Ya, pero... el amor no es un manojo de rábanos... Por lo menos eso no es lo que dice la canción.

Dos – Mierda, un ramo de violetas. Dos euros cada ramito, comprado en la calle.

Uno – En total son cuatro euros...

Dos – ¡Comprado en la calle!

Uno – Pensé que así, de paso, ayudaba a alguien...

Dos – ¿No pensaste más bien que te ahorrarías lo que cuesta un ramo de verdad, comprado en una floristería de verdad y carísima?

Uno – Bueno, quizá un poco también... Pensé que con la diferencia podría invitarte a un buen restaurante...

Dos – ¿Un buen restaurante? ¿Qué es para ti un buen restaurante? ¡La última vez que me invitaste a cenar fue a Burger King!

Uno – ¡Eh, ya está bien! ¿Sabes que también podría regalarle este ramo de violetas a otra persona? A alguien que supiera apreciar mejor lo que vale...

Dos – Dos euros.

Uno – ¡Cuatro!

Dos – Lo que cuesta una ración grande de patatas fritas en Burger King.

Uno – ¡Pero si solo piensas en comer!

Dos – ¿Ah, sí? Pues ¿sabes qué voy a hacer con tu ramo de violetas?

Le arranca el ramo de las manos y se pone a comerse las violetas una por una, como si sacara patatas fritas de un cucurucho.

Dos – ¿Quieres?

Uno – ¿Están buenas?

Dos – Se pueden comer.

Le tiende el ramo y el otro toma unas cuantas violetas y se las lleva a la boca.

Uno – Gracias.

Dos – De nada.

Los dos mastican.

11. Negro es negro

Dos personajes. El primero se prueba una prenda negra.

Uno – Ya no sé cómo debería vestirme...

Dos – ¿Tan importante es?

Uno – Es curioso. Muchas veces imaginé este momento. Qué edad tendría entonces. Qué sentiría. Qué frases definitivas pronunciaría para conmemorarlo.

Dos – Sospecho que tenías preparadas unas cuantas, por si acaso.

Uno – Y aquí estamos. Ahora que ha llegado el momento, lo material acaba imponiéndose a las cuestiones existenciales... ¿Qué me pongo?

Dos – ¿Lloverá?

Uno – ¿Habrán venido todos?

Dos – ¿Qué voy a decirles?

Uno – Pensaba que, una vez liberado de él, me convertiría inmediatamente en otra persona. Como por arte de magia. Pero no. La vida sigue...

Dos – Los muertos son como las estrellas. También siguen brillando por su ausencia.

Uno – Veo que tú también has preparado alguna frase inolvidable.

Dos – No creerás que Armstrong improvisó al poner el pie en la Luna. Él también llevaba su texto preparado.

Uno – Se notaba un poco, además.

Dos – Era mejor astronauta que actor... *(Se tapa la nariz para imitar la voz retransmitida en aquella época.)* One small step for man...

Uno – Pensaba que su muerte nos permitiría liberarnos de cierta forma de gravedad.

Dos – Todavía no flotamos por el espacio, pero yo sí me siento un poco más ligero.

Uno – Deberíamos celebrar una fiesta la víspera de los funerales. Celebramos despedidas de soltero. ¿Por qué no una despedida de la infancia?

Dos – ¿Crees que uno deja de ser hijo el día en que pierde a sus padres?

Uno – Solo los niños creen que algún día dejarán de ser niños. ¿Vas a ir vestido así?

Dos – ¿Por qué no? Voy como siempre.

Uno – Precisamente, la idea es no vestirse como siempre. La ropa de luto es como la ropa de domingo o el vestuario de teatro. Hay que sentirse un poco incómodo dentro. Ayuda a interpretar el papel...

Dos – Llevo unos zapatos un poco pequeños... Después de caminar desde la iglesia hasta el cementerio me dolerán los pies de una manera horrible. Ten cuidado, igual hasta parezco más triste que tú.

Uno – ¿Y si sencillamente no fuéramos?

Dos – ¿En serio?

Uno – Podríamos ir a ver una buena película... Una comedia, a ser posible...

Dos – El último cine que quedaba por aquí cerró hace más de diez años. ¿Te acuerdas? El Tahiti...

Uno – Entonces nos tomamos una buena cerveza en el bar de la esquina. No me digas que también ha cerrado.

Dos – No lo haremos.

Uno – No. ¿Por qué?

Dos – A pesar de todo, nos daría demasiado miedo perdernos algo fundamental.

Uno – O cometer un sacrilegio imperdonable que Dios, si existe, acabaría haciéndonos pagar caro tarde o temprano.

Dos – Saltarse el cementerio... Es como pasar por debajo de una escalera. En realidad no creemos que dé mala suerte, pero, al mismo tiempo, ¿qué cuesta dar un pequeño rodeo?

Uno – Estarán todos allí, ya verás.

Dos – ¿Todos?

Uno – Todos esos a los que solo vemos en los funerales.

Dos – Uno se pregunta qué hacen entre dos entierros.

Uno – En cada funeral parecen haber envejecido diez años.

Dos – Y uno piensa que la próxima vez quizá seamos nosotros los que estén enterrando.

Uno (*sacando otra prenda*) – ¿Y si me pongo esto?

Dos – También es negro...

Uno – Me parecía un poco menos negro...

Dos – Negro es negro. Bueno... ¿Nos vamos?

Uno – Vamos.

Salen.

12. Materia gris

El primero se acerca al segundo con una escoba en una mano y una radiografía en la otra.

Uno – Profesor, prepárese para el Premio Nobel de Física. Nuestro laboratorio acaba de identificar por fin la famosa materia oscura de la que, al parecer, está compuesta buena parte del universo.

Dos – No me diga...

Uno – Esa materia oscura sería, en realidad, materia gris.

Dos – ¿Materia gris?

Uno – El cerebro de Dios, por así decirlo. Nosotros mismos no seríamos más que unas cuantas neuronas. Desde hace miles de años, el ser humano intenta pensar el universo. Hoy descubrimos que es el universo quien nos piensa a nosotros.

Dos – A veces me pregunto si no se habrá olvidado un poco de nosotros... ¿Y han conseguido visualizar esa materia gris? Porque, ya sabe, yo soy como santo Tomás: si no lo veo, no lo creo.

Uno – Por supuesto, profesor. Mire.

Le tiende una radiografía parecida a la de un cerebro.

Dos – En efecto, es asombroso. Se distinguen claramente los dos hemisferios...

Uno – Eso es lo más sorprendente del descubrimiento, profesor. La imagen que acaba de proporcionarnos nuestro dispositivo de imagen sintética es, en este punto, de una claridad cegadora: el universo tiene forma de cráneo.

Dos – Sí... Es muy curioso... Un cráneo, en efecto. Creo incluso reconocer el mío...

Uno – Eso significa que... Profesor, siempre lo he considerado un dios... Desde que me invitó a trabajar aquí, en su laboratorio...

Dos – Me temo, querido amigo, que su Premio Nobel tendrá que esperar hasta el año que viene. Esta es la radiografía de mi cerebro. Tengo cita en el hospital dentro de dos horas y llevo toda la mañana buscándola.

Uno – Profesor, no olvidemos que los grandes descubrimientos nacen a veces de esta clase de accidentes domésticos.

Dos – En eso estoy de acuerdo: piense en Newton y su famosa manzana.

Uno – Este pequeño contratiempo no debe apartarnos de una teoría que, estoy seguro, revolucionará la historia de la astrofísica: no solo el universo nos comprende, sino que nosotros comprendemos el universo. Él nos contiene, pero nosotros también lo contenemos a él. Vuelvo al trabajo...

Dos – Procure descansar un poco de todos modos, querido amigo. Al fin y al cabo, solo está haciendo unas prácticas en el servicio de limpieza.

Uno (*disponiéndose a salir*) – Claro, profesor. Pero ya sabe, cuando uno está motivado...

Dos – Y gracias por dejarme mis radiografías. Seguramente todavía las necesitaré...

Uno – Vuelvo al trabajo.

Sale. El otro vuelve a mirar la radiografía.

Dos – Después de todo, tampoco es tan estúpido...

13. La habitación malva

El inspector Ramirez (con aspecto descuidado, al estilo de Colombo) llega a la recepción de un hotel de lujo. Se acerca al recepcionista, que lo mira con aire altivo.

Recepcionista – Si busca un lugar donde pasar la noche, buen hombre, le aconsejaría más bien...

Inspector – Inspector Ramirez... Me han llamado por un robo de joyas.

Recepcionista – Ah, sí... Perdone, inspector... En efecto, fue el director quien lo llamó. Esta tarde alguien entró en la habitación de una de nuestras clientas y le robó un collar valorado en varios cientos de miles de euros.

Inspector (*pensativo*) – Ya veo...

Recepcionista – Y... ¿qué ve exactamente?

Inspector – Es evidente que el ladrón forma parte del personal del hotel... o de su clientela.

Recepcionista – ¿Qué le permite afirmar eso, inspector Sanchez?

Inspector – Ramirez.

Recepcionista – ¿Perdón?

Inspector – Inspector Ramirez. Ese es mi nombre.

Recepcionista – Y... ¿qué le hace pensar que el culpable podría ser alguien del hotel?

Inspector – Hay un vigilante en la puerta. Incluso enseñándole mi placa de policía me costó convencerlo para que me dejara entrar...

Recepcionista (*irónico*) – Es verdad. Está usted en una zona sin ley, inspector, y nosotros también tenemos nuestros vigilantes. Hoy en día, incluso para la policía, entrar en el vestíbulo de un hotel de lujo puede ser tan difícil como entrar en un bloque de viviendas de un barrio conflictivo.

Inspector – Por tanto, es poco probable que un desconocido haya podido colarse en este hotel sin que nadie lo viera. ¿Forzaron la cerradura de la habitación?

Recepcionista – No, no lo creo...

Inspector – En ese caso, eso lo convierte a usted en el principal testigo de este asunto, buen hombre. Por no decir en el sospechoso número uno.

Recepcionista – Pero, inspector...

Inspector – Usted es el conserje del hotel. Tiene las llaves de todas las habitaciones. Podría haber entrado perfectamente en una de ellas y haberse servido.

Recepcionista – ¿Yo...? ¿Servirme...?

Inspector – Además, estaba en una posición ideal para conocer las entradas y salidas de los clientes. Podría haber actuado sin miedo a que lo molestaran...

Recepcionista – Le aseguro, inspector, que jamás...

Inspector – Tiene las llaves de todas las habitaciones, ¿sí o no?

Recepcionista – ¡Por supuesto! ¡Forma parte de mis funciones! Cuando un cliente sale momentáneamente del hotel, deja la llave en recepción. Yo la cuelgo enseguida en el tablero hasta que regresa, y eso es todo...

El inspector observa con curiosidad el tablero con forma de arcoíris situado detrás del recepcionista.

Inspector – ¿Por qué un arcoíris? ¿Es un hotel gay friendly?

Recepcionista – Cada habitación de este hotel lleva el nombre de un color. Está la habitación azul, la amarilla, la rosa, la verde, la...

Inspector – Sí, de acuerdo, creo que ya he entendido el sistema...

Recepcionista – La llave de cada habitación lleva un llavero del color correspondiente. Y cada llavero ocupa naturalmente su lugar en este tablero multicolor. El robo se produjo en la habitación malva. Pero le juro, inspector, que...

El inspector asiente con aire dubitativo.

Inspector – En ese caso... ¿le parece posible que alguien distinto de usted, un cliente del hotel por ejemplo, haya podido... tomar prestada esa llave sin que usted lo notara y devolverla a su sitio después de cometer el robo?

Recepcionista (*incómodo*) – Por la tranquilidad de nuestros huéspedes, me gustaría poder decirle que no, inspector. Pero la honradez me obliga a admitir que no es totalmente imposible.

Inspector – Vaya, vaya...

Recepcionista – A veces tengo que ausentarme unos instantes de la recepción para resolver algún problema...

Inspector – ¿Y esta tarde tuvo muchos problemas que resolver?

Recepcionista – Hacia las cuatro salí uno o dos minutos para fumar un cigarrillo. Y otra vez, hacia las cinco, para ir al baño...

Inspector – Dos abandonos del puesto en el mismo día, entonces... (*El recepcionista pone cara de mortificación.*) ¿Y observó algo extraño?

Recepcionista – La primera vez no vi nada. Pero la segunda, al volver, me di cuenta de que la llave de la habitación malva estaba colgada en el lugar de la de la habitación marrón. En ese momento no le di importancia, aunque yo nunca cometo esa clase de error.

Inspector – ¿Y qué conclusión sacó de ese incidente?

Recepcionista – ¡Ninguna! Volví a colocar la llave en su sitio y nada más. Pero, después de lo ocurrido... sí, es posible que alguien tomara la llave de la habitación malva durante el tiempo que estuve ausente...

Inspector – Ya veo... ¿Algún miembro del personal, quizá?

Recepcionista – El robo se produjo a media tarde, así que el personal de limpieza queda descartado, porque solo tiene acceso a las habitaciones hasta las dos.

Inspector – Bien... Solo queda interrogar a los clientes del hotel. Empezando por la víctima. La ocupante de la habitación malva...

Recepcionista – Ah, tiene suerte, inspector... Justamente ahí viene... Es la viuda de un rico armador suizo.

Inspector – No sabía que hubiera armadores en ese país. Que yo sepa, Suiza no tiene mar...

Recepcionista – También tiene más bancos que habitantes y, sin embargo, allí apenas fabrican nada.

Inspector – A lo mejor son cargueros ficticios que navegan bajo pabellón de conveniencia...

Recepcionista – Podrá preguntárselo usted mismo, inspector...

Inspector – Buenas tardes, señora... Mis respetos. Estoy aquí para investigar el robo del que ha sido víctima. ¿Tendría la amabilidad de responder a unas preguntas?

Viuda – Como ciudadana suiza, colaborar con la policía es para mí una segunda naturaleza. Puede preguntarme lo que quiera, siempre que no tenga que ver con el secreto bancario. En ese caso seré muda como una caja fuerte. *(Saca un bombón del bolso y se lo ofrece.)* ¿Un bombón, inspector? Llevan licor...

Inspector – Nunca durante el servicio, gracias... Dígame... ¿A qué hora salió de su habitación esta tarde?

Viuda – Veamos... Salí del hotel hacia las dos y media para visitar a una amiga que está pasando una mala racha.

Inspector – Quizá la dejó el marido...

Viuda – Sí, podría decirse así. Acaban de encarcelarlo por malversación. Confiaba en su inmunidad parlamentaria para librarse de la justicia, pero por desgracia no fue reelegido...

Inspector – Los electores son tan volubles... Ya no se puede confiar en nadie. Por desgracia, usted misma acaba de comprobarlo...

Viuda – En cualquier caso, estoy segura de que mi collar seguía en el cajón cuando salí. Dudé si ponérmelo, pero finalmente lo dejé allí.

Inspector – Aun así, fue bastante imprudente por su parte no guardar una joya de ese valor en la caja fuerte del hotel.

Viuda – Lo reconozco, inspector. Pero qué quiere que le diga... *(Lanza una mirada acusadora al recepcionista.)* Pensé que en un establecimiento de esta categoría... ¿Alguna otra pregunta?

Inspector – No... Bueno, sí... ¿Puede confirmarme que Suiza no tiene mar?

Viuda – Señor inspector, tenemos algo mejor que el mar... ¡Tenemos el lago de Ginebra!

Inspector – Gracias, eso es todo por el momento. *(La viuda se marcha.)* Está claro que la desaparición del collar no la ha trastornado demasiado...

Recepcionista – Su fortuna le permite relativizar la pérdida. Y seguramente el seguro la indemnizará a pesar de su negligencia. Yo, en cambio, por una simple fuga de agua tuve que pelearme con mi compañía de seguros para... Perdona, me estoy desviando del asunto.

Inspector – Bien, entonces tendré que interrogar a todos los demás huéspedes del hotel...

Recepcionista – Para no perjudicar la reputación de nuestro establecimiento, le agradecería que evitara a nuestros clientes la humillación de una citación en comisaría. A menos, claro está, que existan sospechas muy fundadas sobre alguno de ellos.

Un hombre pasa por delante de la recepción. El inspector mira sus calcetines, que son de colores diferentes.

Inspector – Tranquilo, quizá no sea necesario. *(Llamando al hombre.)* ¿Señor?

Cliente – ¿Sí...?

Inspector – Inspector Martínez...

Recepcionista – Creía que era Ramírez...

Inspector – ¿Me permite hacerle unas preguntas?

El hombre se acerca con cautela.

Inspector – ¿Puedo ver sus manos?

Recepcionista – No me diga que también lee las líneas de la mano...

El cliente, sorprendido, extiende las manos. El inspector le pone inmediatamente las esposas.

Cliente – ¡Pero, inspector!

Recepcionista – Menos mal que le había pedido que fuera diplomático...

El inspector registra el bolsillo del hombre y saca un collar, ante la mirada atónita del recepcionista.

Cliente – ¿Cómo supo que había sido yo?

Inspector – En el tablero de recepción, el ladrón devolvió la llave de la habitación malva en el lugar de la de la habitación marrón. *(Al recepcionista.)* ¿Por qué cree usted?

Recepcionista – Porque tenía prisa, quizá...

Inspector – ¡O quizá porque era daltónico!

Cliente – Pero entonces, ¿cómo supo que yo era daltónico?

Inspector – En cuanto pasó por delante de mí, amigo mío... y vi sus calcetines.

Cliente – ¿Mis calcetines?

Inspector – ¡No son del mismo color!

Recepcionista – Bravo, inspector. Cuando lo vi llegar hace un rato pensé que era un poco limitado... Debo reconocer que estaba muy lejos de la verdad.

14. Bien doradito

Charles, sentado en un sillón, lee un periódico de izquierdas con una pipa apagada en la boca. Lleva un jersey marinero y una gorra. Rosalie, despeinada y con la ropa revuelta, entra desde la calle con una bolsa en la mano.

Rosalie – Por los pelos... Me he llevado el último.

Charles – ¿El último qué?

Rosalie – ¡El roscón de Reyes de la pastelería! Solo quedaba uno...

Charles – Ah, sí... El roscón... Pero oye, parece enorme.

Rosalie – No podía elegir. Es un roscón para doce personas.

Charles – ¿Para doce? Somos tres... Y eso si Fred no nos deja plantados, como el año pasado...

Rosalie – ¡Era el último, te lo digo! ¡He tenido que pelearme por él!

Charles – De acuerdo, de acuerdo, no te pongas nerviosa...

Rosalie – No me pongo nerviosa, te lo estoy explicando.

Charles – Siempre podemos congelar la mitad para el año que viene...

Rosalie – ¿Qué?

Charles – Si este año nadie encuentra la figurita... Como en la lotería. Si no hay ganador, el premio pasa al próximo sorteo.

Rosalie – Pero ¿tú estás bien de la cabeza?

Charles – Bueno, pues nos comeremos seis porciones de roscón cada uno.

Rosalie – ¿Ha llamado para decir que no venía?

Charles – No.

Rosalie – Pues ya ves.

Charles – Entonces debería terminar de corregir estos exámenes antes de que llegue...

Rosalie – ¿Vas a trabajar? Es sábado...

Charles – Ya me obligas a celebrar la Epifanía; no pretenderás además que respete el shabat. Soy maestro de la escuela pública, un cruzado del laicismo...

Rosalie – Qué tontería...

Charles – Reconocerás que, para una maestra comunista, esto del roscón no es muy ortodoxo.

Rosalie – ¿Ah, no? ¿Y por qué?

Charles – La Epifanía, los Reyes Magos... ¡Es una tradición católica!

Rosalie – ¡Qué va! Es una tradición pagana que los católicos intentaron apropiarse. Como muchas otras, por cierto.

Charles – ¿Una tradición pagana...?

Rosalie – ¡Claro! Antes de ser una celebración de la Natividad, era simplemente una celebración de la fertilidad.

Charles – Ya veo... De ahí lo de «poner al niño Jesús en el pesebre», supongo...

Rosalie – Ahí estás confundiendo la Navidad con la Epifanía.

Charles – Los roscones también se rellenan.

Rosalie – Este lleva crema de almendra...

Charles – En cualquier caso, si lo llaman Día de Reyes... No me quitarás de la cabeza que no suena muy republicano.

Rosalie – Bueno... Mientras tanto, guarda el periódico, capitán Haddock.

Charles – Yo intentaba parecerme más bien a Stalin, pero en fin...

Rosalie – Hace cinco años que dejaste de fumar. Ya podrías dejar también la pipa. Aunque esté apagada...

Charles – Es mi cigarrillo electrónico. Al menos yo no emito gases de efecto invernadero.

Rosalie – Eso lo dices tú.

Dobra el periódico y se levanta.

Charles – Te digo que no va a venir.

Rosalie – ¿Y por qué no iba a venir?

Charles – Pasar un sábado comiendo roscón con sus viejos padres... ¿No crees que a su edad tendrá cosas mejores que hacer?

Rosalie – Exageras. Sigue siendo nuestro niño.

Charles – Nuestro niño... Ha crecido, ¿sabes?

Rosalie – Para mí siempre será un bebé...

Charles – Creo que ya va siendo hora de quitar los peluches de su cama.

Rosalie – ¿Tú crees? *(Una pausa.)* A veces me pregunto si hicimos bien en tenerlo tan tarde...

Charles – ¿Te parece que no es normal?

Rosalie – Es actor... Y todavía no se ha casado... No sé... ¿Crees que podría ser un poco...?

Charles – ¿Un poco qué?

Llaman a la puerta.

Rosalie – Ah... ¿Ves? ¡Ha venido!

Entra Fred. Lleva un traje ridículo y una máscara, como un superhéroe de serie B. Besa a su madre.

Rosalie – Empezábamos a preocuparnos.

Besa a su padre.

Fred – ¿Por qué?

Charles – Tu madre ha comprado un roscón para doce.

Rosalie – Voy a meterlo un poco en el horno, estará mejor.

Fred – ¿No tardará mucho? No tengo demasiado tiempo...

Rosalie – Siempre tienes prisa... No, solo será un minuto.

Fred – Con un microondas, quizá, pero con ese horno de gas prehistórico...

Rosalie sale con el roscón.

Charles – Así que estás trabajando por aquí cerca.

Fred – Tengo un rodaje a tres manzanas. He venido entre toma y toma.

Charles – ¿Y qué es? ¿Una película de autor?

Fred – Un episodio de La vida más tonta.

Charles – ¿La vida más tonta? No la conocía.

Fred – Es una serie. Estamos rodando el piloto.

Charles – ¿Y tienes un papel importante?

Fred – Soy el doble del protagonista. Para las escenas de riesgo...

Charles – No será una película porno, ¿no?

Fred – Papá... ¡Soy especialista!

Charles – En la cama también hay escenas de riesgo...

Rosalie vuelve.

Rosalie – Estará listo en cinco minutos. ¿De qué habláis?

Charles – De cine...

Suena el teléfono de Fred y contesta.

Fred – ¿Sí? Bueno... No, no... De acuerdo, voy ahora mismo... (*Guarda el teléfono.*)
Lo siento, tengo que irme...

Rosalie – ¿Pero por qué?

Fred – El actor al que doblo... es agorafóbico... Así que me necesitan para una escena en el metro...

Rosalie – Pero... ¡el roscón está caliente!

Fred – Lo siento... Será el año que viene... The show must go on...

Sale precipitadamente.

Rosalie – Actor...

Charles – No es actor, es especialista.

Rosalie – Especialista... Eso es todavía peor que ser actor, ¿no?

Charles – Tom Cruise hace él mismo sus escenas de riesgo.

Rosalie – Y cuando toma el metro, seguro que va encima del techo.

Charles – Bueno... Ya solo nos queda comernos el roscón.

Rosalie – Un roscón para doce...

Charles – Y nosotros no tenemos dobles.

Rosalie – Empecemos con un trozo cada uno. Y en cuanto uno encuentre la figurita, paramos, ¿de acuerdo?

Charles – Si no morimos antes de una indigestión.

Rosalie – Con un poco de suerte, encontraremos la figurita enseguida... Dejémoslo al azar.

Charles – Tengo la impresión de que vamos a jugar a la ruleta rusa...

Rosalie – Voy a buscar la munición.

Sale.

Charles – Tiene razón con lo de Fred... Me pregunto si no será un poco... idiota.

Ella vuelve con el roscón.

Rosalie – ¿Un poco qué?

Charles – No, decía... Sí, parece bien relleno.

Rosalie – ¿Abrimos una botella de sidra para ayudar a que baje todo esto?

Charles – ¡Vamos, vivamos peligrosamente!

15. Todo está claro

Maria está frente al inspector Ramirez.

Maria – ¡Eso me pasa por ser honrada! Habría hecho mejor en tirar esa cartera a la basura.

Ramirez – Entonces, ¿sigue afirmando que la encontró en el suelo, detrás de un banco, en su lugar de trabajo?

Maria – ¡Claro, porque es la verdad!

Ramirez – Sin embargo, cuando mis compañeros la pararon en la calle para un control rutinario, la cartera estaba en su bolso. Más de tres días después de que el propietario denunciara su desaparición...

Maria – Preferí guardarla un tiempo por si alguien volvía al local a buscarla. ¡Pero justo iba a llevarla a la comisaría!

Ramirez – Claro...

Maria – Lo que hacen los prejuicios... Sus compañeros tampoco quisieron escucharme. Por lo visto tengo antecedentes y la policía no me tiene precisamente en gran estima...

Ramirez – Reconozca que eso tampoco es mentira...

Maria – Puede que no me tengan en gran estima... ¡Pero no por carterista!

Ramirez – Si hubiera abierto la cartera, habría podido identificar fácilmente al propietario y llamarlo. Dentro había una tarjeta de visita.

Maria – ¡Eh, que yo no soy policía! Una cartera es algo privado. Como un bolso. Y además tampoco he tocado el dinero. No falta ni un euro. ¡Pregúntele a ese hombre si le falta dinero en la cartera!

Ramirez – Se lo preguntaremos juntos. Porque nosotros sí lo hemos llamado. De hecho, estará aquí de un momento a otro.

Maria suspira aliviada.

Maria – ¡Pues ya está! Se pondrá contentísimo al recuperar sus documentos. Ya verá como me da las gracias. Quién sabe, a lo mejor hasta me da una pequeña recompensa...

Ramirez – No se alegre demasiado pronto... Ha presentado una denuncia.

Maria – ¿Una denuncia? ¿Por qué?

Ramirez – Por robo con violencia.

Maria – ¿Dice que fui yo la que le robó la cartera?

Ramirez – Usted u otra persona. Ya lo veremos. Para eso sirve un reconocimiento...

Maria – Entonces no hay ningún problema. No puede reconocerme porque yo no le robé la cartera.

Ramirez – Si usted lo dice...

Maria – Ya verá... Dirá que no fui yo y me pedirá disculpas. Usted también, espero...

El inspector le lanza una mirada elocuente. Suena su teléfono y contesta.

Ramirez – Sí, Sanchez... De acuerdo, hágalos pasar... (*Volviéndose hacia Maria.*) Ha llegado la hora de la verdad...

Entra un hombre de cierta edad, muy digno, acompañado de su esposa, de aspecto bastante más severo. Ramirez se levanta para recibirlos.

Ramirez – Pasen, por favor.

Hombre (*incómodo*) – Gracias, inspector...

Mujer (*al ver a Maria*) – Así que es ella...

Maria – Sí, fui yo quien encontró la cartera de su marido. Buenas tardes, señor...

Hombre (*tímidamente*) – Señora...

Maria (*a Ramirez*) – Se nota enseguida que no es la clase de hombre que mandaría a una inocente a la cárcel.

Ramirez – Bien, señor Delamare... ¿Reconoce a esta mujer?

El hombre vacila, cada vez más incómodo.

Hombre – Es que...

Maria – Yo, en cambio, tengo la impresión de haberlo visto antes en alguna parte. En el trabajo, quizá. Pero pasa tanta gente por allí...

Mujer – Vamos, dilo de una vez. ¡Di que fue ella!

El hombre parece tremendamente incómodo.

Ramirez – Señor, le escucho... ¿Fue esta mujer quien le robó la cartera, sí o no?

Hombre – Yo... No lo recuerdo muy bien... Estaba oscuro...

Ramirez – ¿Oscuro? ¡Usted declaró que el robo había ocurrido a plena luz del día! Que yo sepa, no se ha registrado ningún eclipse por aquí estos últimos días...

Hombre – No, no, claro... Dije oscuro... En realidad soy yo quien... se ha quedado en blanco. Quiero decir que todo ocurrió muy deprisa. En cualquier caso, esta persona no fue quien me atacó, inspector...

El inspector no parece convencido.

Ramirez – ¿Está seguro?

Hombre – Completamente.

Maria – ¡Ahí lo tiene! ¿Ve?

Ramirez – Le recuerdo, señor Delamare, que presentó una denuncia contra X.

Maria – ¿Contra X?

Ramirez – Si esta declaración solo tiene por objeto evitar que esta mujer tenga problemas con la justicia, estaríamos ante un falso testimonio.

El hombre lanza una mirada inquieta a su esposa y finalmente decide hablar.

Hombre – Mire, mentí antes. *(Su mujer lo fulmina con la mirada, pero él continúa.)* Nadie me robó la cartera. En realidad... la perdí...

El inspector se toma un momento para asimilar la información antes de responder con tono severo.

Ramirez – En ese caso, se trata de una denuncia falsa. Es algo muy grave, ¿lo sabe? Podrían procesarlo... ¿Por qué mintió?

El respetable anciano parece un poco perdido.

Hombre – Cuando le conté a mi mujer que había perdido la cartera, me aconsejó que la declarara robada. Era más sencillo para que el seguro me indemnizara, ¿comprende?

Mujer *(incómoda)* – Pensé que quien encontrara la cartera se la quedaría...

Ramirez – Es lo que suele ocurrir, en efecto...

Mujer *(de nuevo agresiva)* – Además, creía que la policía tenía cosas más importantes que hacer que ocuparse de un robo tan pequeño... Con todo lo que está pasando últimamente...

Ramirez – Por desgracia para ustedes, todavía queda gente honrada. Y a veces la policía hace bien su trabajo... *(El hombre, avergonzado, mira sus zapatos.)* Bien... Esta vez no emprenderé acciones legales contra ustedes...

Mujer – Gracias, señor inspector...

Hombre – Le pedimos disculpas, inspector. De verdad...

Maria – ¡Vaya! ¿Y a mí? ¿Nadie va a pedirme disculpas?

El inspector se inclina sobre la denuncia.

Ramirez – Pero hay una última cosa que me intriga, señor Delamare... Usted declaró que este robo imaginario había ocurrido en la calle, cerca de su casa.

Hombre – Mi mujer y yo vivimos por allí...

Ramirez – Sin embargo, esta señora encontró su cartera, completamente intacta, debajo de un banco del establecimiento donde trabaja, en pleno centro de la ciudad. No llegó hasta allí por casualidad...

Hombre – Yo... No lo sé, inspector.

Ramirez – ¿Tenía también alguna razón para mentir sobre el lugar donde perdió la cartera?

Su severa esposa mira sorprendida a su marido, esperando también una explicación.

Maria – ¡Ah, claro! Ya me acuerdo de dónde he visto a este viejo verde. ¡En el trabajo!

La mujer se vuelve hacia Maria.

Mujer – ¿En el trabajo? ¿Tendría la amabilidad de decirme, querida señora, en qué clase de establecimiento ejerce usted sus talentos?

Maria – ¡Pues soy estríper! ¡Trabajo en un cabaret!

La mujer lanza una mirada asesina a su marido.

Ramirez – Creo que ahora sí, todo está claro...

16. En blanco y negro

Dos personajes miran el cielo, al fondo de la sala. El segundo deberá ser, o parecer, mayor que el primero.

Uno – Nunca había visto nada parecido. ¿Qué es?

Dos – Se llama arcoíris...

Uno – ¿Un arcoíris?

Dos – Es un fenómeno bastante raro que a veces se produce cuando el sol vuelve a salir muy deprisa después de la lluvia. Cada vez más raro hoy en día. Ya casi nunca vemos el sol...

Uno – Es precioso. Todos esos matices de blanco, gris y negro.

Dos – Sí... Antes era todavía mucho más bonito.

Uno – ¿Más bonito?

Dos – Era en color.

Uno – ¿En color? ¿Quieres decir como en el cine, cuando alquilas unas gafas para ver la película en color y en 3D?

Dos – Exactamente. En tiempos de mi bisabuela, era el cine el que estaba en blanco y negro y en 2D. La vida tenía relieve y era en color. Ahora es al revés.

Uno – ¿De verdad? Me cuesta imaginarlo... ¿Entonces en aquella época el mundo entero estaba coloreado? ¿Qué pasó?

Dos – Fue ocurriendo poco a poco. Nadie lo vio venir. Empezaron haciéndonos pagar el agua que bebemos. Luego nos hicieron pagar el aire que respiramos. Y ahora también hay que pagar una entrada de cine para ver la vida en color.

Uno – ¿Un arcoíris en color? ¿En la realidad de verdad?

Dos – Parece increíble.

Uno – ¿Y todavía hay gente que ve la vida en color?

Dos – Algunos privilegiados, sí. Pero no está al alcance de todo el mundo y cuesta una fortuna...

Uno – Entonces habría que poder volver atrás.

Dos – Sí... Habría que poder rebobinar. Para descubrir en qué momento empezaron a enredarnos... Saber dónde y cuándo empezó todo a irse a la mierda...

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise (Francia), Jean-Pierre Martinez fue primero batería de varios grupos de rock antes de convertirse en semiólogo en el ámbito de la publicidad. Más tarde inició una carrera como guionista de televisión, antes de dedicarse al teatro y a la escritura dramática. Ha escrito cerca de un centenar de guiones para televisión y más de 120 obras de teatro, algunas de las cuales ya se han convertido en clásicos (*13 y Martes*, *Strip Poker*). Es uno de los dramaturgos contemporáneos más representados en Francia y en otros países francófonos. Varias de sus obras también están disponibles en español y en inglés, y se representan regularmente en Estados Unidos y América Latina.

Las compañías de teatro amateur y profesionales que busquen obras para representar pueden descargar gratuitamente las obras de Jean-Pierre Martinez en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/obras/>

<https://comediatheque.net/traductions/obras-en-espanol/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una justa compensación por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, es obligatorio solicitar autorización para representar la obra y abonar los correspondientes derechos de autor por la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores francesa (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

<https://comediatheque.net/formulario-de-contacto/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil El Joker
El Último Cartucho
Ella y El Encuentro en el andén
EuroStar La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho Ni siquiera
muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Ruleta rusa en el Kremlin
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cards on the table
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias Un
pequeño paso para una mujer, un salto hacia
atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Once upon a time on the web
Prehistorias grotescas
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
¡Demasiado es demasiado!
De verdad y de broma
Dramedias
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez están disponibles
para su descarga gratuita en sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/es/obras/>

<https://comediatheque.net/traductions/obras-en-espanol/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Septiembre de 2026

ISBN 978-2-38602-473-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.